

Jesús E. Sánchez*

Siete reflexiones que desmienten la teoría del objeto de Jean Baudrillard

Se intenta en este ensayo teórico una contribución para aclarar la manera como los postulados de Jean Baudrillard que integran su teoría de los objetos (*signos*, desde la perspectiva semiótica), específicamente contenidos en su célebre *Crítica de la economía política del signo*, contradicen los planteamientos esenciales del materialismo histórico (y específicamente de Marx), pero que de ninguna manera los destruyen. Asimismo, se debaten los argumentos centrales de Baudrillard en cuanto a considerar al “valor de cambio/signo” la esencia verdadera contenida en los objetos producidos por el ser humano, con lo cual afirma que el valor de uso de los mismos es un mero espejismo y el real aspecto fetichista en las relaciones sociales establecidas en función de los objetos. El debate es necesario, toda vez que la arqueología tiene en los artefactos su objeto de trabajo fundamental, y en ese sentido los postulados de Baudrillard ponen en entredicho no sólo sus principios ontológicos, sino sobre todo la razón de ser de la arqueología. Se podrá entender entonces la razón de someter a un exhaustivo análisis esta concepción de Baudrillard, cosa que en efecto ocupan las páginas de este ensayo y cuyo resultado es la refutación de su teoría.

This theoretical essay tries to shed light on how Jean Baudrillard’s propositions regarding his theory of objects (*signs*, from the point of view of semiotics), specifically those included in his famous *For a Critique of the Political Economy of the Sign*, contradict basic propositions of historical materialism (and specifically of Marx), but in no way do they destroy them. It also debates Baudrillard’s central arguments regarding his consideration of “exchange value/sign” as the true essence contained in the objects produced by human beings, which affirms that their use value is only a mirage and the true fetishistic aspect involved in the social relations regarding objects. The debate is necessary because archaeology regards objects as its fundamental working matter and therefore Baudrillard’s propositions put in doubt not only its ontological principles, but the very reason for its existence. That’s the reason for subjecting Baudrillard’s conception to such a thorough analysis, whose end result is the refutation of his theory.

*A Jean Baudrillard
—in memoriam—, con respeto
y admiración*

Todo objeto útil, el hierro, el papel, etc., puede considerarse desde dos puntos de vista: atendiendo a su *calidad* o a su *cantidad*. Cada objeto de éstos representa un conjunto de las más variadas propiedades y puede emplearse, por tanto, en los más diversos aspectos. El descubrimiento de estos diversos aspectos y, por tanto, de las diferentes modalidades de uso de las cosas, constituye un hecho histórico. [...] La utilidad de un objeto lo convierte en *valor de uso*. Pero esta utilidad de los

* Dirección de Estudios Arqueológicos, INAH. ssefkaristo@yahoo.com.mx

objetos no flota en el aire. Es algo que está condicionado por las cualidades materiales de la mercancía y no puede existir sin ellas. Lo que constituye un *valor de uso* o un bien es, por tanto, la *materialidad de la mercancía* misma, el hierro, el trigo, el diamante, etc. [...] Los valores de uso suministran los materiales para una disciplina especial: la del *conocimiento pericial de las mercancías*. El valor de uso sólo toma cuerpo en el uso o consumo de los objetos. Los valores de uso forman el *contenido material de la riqueza*, cualquiera que sea la *forma social* de ésta [...] (Marx, 2000: 3-4).

Estas reflexiones¹ giran en torno a dos planteamientos esenciales de Baudrillard, en los cuales, a mi juicio, residen ciertos errores metodológicos y tergiversaciones epistemológicas a los postulados de Marx y que provocan una falsa apreciación del objeto y, por lo mismo, serias dificultades para su análisis desde el punto de vista arqueológico. Esos planteamientos son, por un lado, su afirmación respecto a la inutilidad de analizar a los objetos (y como tales se entiende a todos los artefactos producidos por el ser humano) por el valor de uso que conllevan; y al contrario, que es el “valor de cambio/signo” lo único que debería tomarse en cuenta; y por el otro lado, pero derivado de los anterior, que los artefactos, asumidos como signos, carecen de cualquier sentido concreto en la relación objeto/ser humano (individual y social), y que la visión antropológica (a diferencia de la sociológica) comparte las falsedades del materialismo histórico. Pero ambos aspectos inciden de modo reiterado en un tercer problema: asumir que el consumo de los artefactos (más allá de que efectivamente vivamos hoy en día en una sociedad

de consumo) no es un fenómeno motivado por el valor de uso de los mismos, sino meramente por su simbolismo. Esto es particularmente peligroso, debido a que obligaría al análisis arqueológico de los artefactos a atender al objeto únicamente por su simbolismo y no por su utilidad, y entonces asumir que tales artefactos se produjeron exclusivamente por un efecto ideológico y no por su cualidad material, que es la que permite satisfacer una determinada necesidad subsistencial.

Debo señalar que ya otros autores aclararon este eventual problema. Por ejemplo, Godelier (1980: 299-318), sin siquiera mencionar a Baudrillard pero metido de lleno en los mismos temas con que éste construye su *Crítica*, pone en evidencia las falsas apreciaciones en torno a la teoría del valor que Baudrillard esgrime en su intento de abatir los postulados de Marx. Y aquí un hecho curioso: en 1970 Godelier publicó en la *Nouvelle Revue de Psychanalyse* un artículo intitulado “Economía mercantil, fetichismo, magia y ciencia en *El Capital* de Marx” (incluido en Godelier, 1980), y algunos capítulos que integran la *Crítica* de Baudrillard se publicaron en 1969, aunque la obra completa apareció en 1972, y ese mismo año se publica el primer libro de Godelier. Es decir, entre capítulo y capítulo ambos autores trataron los mismos problemas sin jamás mencionarse, y mucho menos citarse el uno al otro. En ese sentido podría pensarse que el presente ensayo resulta intrascendente. Acaso sí en el concierto de la antropología en general, pero aquí se emiten puntos de vista que tienen que ver específicamente con el artefacto, es decir, el objeto como producto socialmente necesario y desde una perspectiva arqueológica, sustentada en el materialismo histórico y los principios de la semiótica crítica.

Los restos materiales, es decir, los artefactos, los objetos, son para la arqueología la fuente primaria de información para el estudio y explicación del proceso de desarrollo histórico-social. Es este objetivo el que identifica entonces a la arqueología como disciplina científica, de manera que los artefactos son su *objeto de trabajo* fundamental, aunque no el único (los estratos y los restos biológicos son también indis-

¹ Los lectores disculparán la redacción de este ensayo en primera persona. Es con la sola intención de una lectura más coloquial y asequible, aunque también porque cabe la lejana posibilidad de que esté equivocado en mis aseveraciones, de modo que he procurado evitar hacer extensivas a otros investigadores, o a la arqueología en su conjunto, las implicaciones que el ensayo conlleva si se redactaran en subjuntivo. Sin embargo, espero que lo vertido en estas páginas provoque la discusión académica de este tema fundamental para la arqueología, y eventualmente supere las pruebas que permitan asumir sus postulados.

pensables). La consolidación de la arqueología como ciencia implica varias condiciones, entre ellas la definición precisa de lo que son los artefactos, es decir, los objetos producidos por las sociedades a lo largo de su historia y que concebimos genéricamente como *objetos*. La construcción de estas definiciones requiere sólidas bases epistemológicas y ontológicas para una mejor aproximación de nuestras categorías a la realidad de esos aspectos y ámbitos del mundo que estudiamos, pues de ello depende la certidumbre de las explicaciones de los fenómenos involucrados. Una definición errónea del concepto artefacto (por ejemplo), conduciría irremediablemente a falsas interpretaciones, y también anularía la validez de la metodología construida para analizar, describir, clasificar y, desde luego, elaborar interpretaciones hipotéticas sobre múltiples aspectos acerca de los cuales los objetos contienen vasta información y permiten la construcción de hipótesis generales, tanto acerca de los objetos mismos y del sistema de relaciones que los seres humanos establecen con los objetos, y por medio de ellos, con la naturaleza y consigo mismos.

Pero todo inicia entonces con la concepción sobre el objeto y los métodos para su análisis, pues esto último es consecuencia de lo primero. Sobre esta lógica, la teoría del objeto de Baudrillard se convierte, en efecto, en una refutación a los principios teóricos, ontológicos, epistémicos —y en primera instancia metodológicos— de la arqueología, porque según Baudrillard los objetos deben considerarse no como valores de uso —es decir, objetos que el ser humano ha inventado y producido para interactuar con la naturaleza y satisfacer en este proceso sus necesidades materiales básicas y secundarias—, sino únicamente como objetos de valor de cambio y, por añadidura, simbólico. Si tal hipótesis se asume como cierta, entonces todo el desarrollo de la arqueología y sus principios fundamentales serían erróneos. No sólo eso, sino que los argumentos de Marx citados en el epígrafe —y luego entonces el propio materialismo histórico— estarían equivocados.

Como parte del papel que desempeñan el análisis y la clasificación de artefactos para la

construcción de hipótesis explicativas del proceso de desarrollo histórico-social desde la perspectiva de la arqueología, durante los últimos seis años he trabajado en la construcción de un método y un modelo de clasificación taxonómica de los artefactos, denominado Modelo Taxonómico de Artefactos (Sánchez, 2007).

Cuando el Modelo Taxonómico de Artefactos (MTA) había sido entregado a tres colegas para una primera revisión y crítica, “descubrí” dos textos de Baudrillard que resultaron inquietantes: *El sistema de los objetos*, de 1968, y *Crítica de la economía política del signo*, de 1972. Un grato, sorpresivo, pero sobre todo nutritivo descubrimiento, porque los textos mencionados aclararon muchas confusiones y generaron otras, pero principalmente produjeron reflexiones que aportaron concepciones y metodologías que me parecen insustituibles. Una de esas sorpresas fue encontrar que en el ámbito sociológico desde hace por lo menos 40 años ya se reflexionaba y teorizaba sobre los objetos, los métodos para su análisis y los significados simbólicos de los mismos, lo cual era un indicativo de la falta de discusiones sobre problemas relevantes de las que adolece la arqueología y que ya otras disciplinas habían abordado; quizá no las habían resuelto, pero su discusión influyó en la búsqueda de soluciones. Mejor aún: esos problemas se abordaron desde la perspectiva semiótica, con fuerte sustento materialista histórico, de manera que muchos problemas epistemológicos, teóricos y metodológicos involucrados en el MTA encontraron vías para su solución (que acaso no estén del todo logradas, lo cual deberá verse en la medida que el modelo se experimente en la práctica).

Ambos textos de Baudrillard me parecen interesantes visiones sobre el simbolismo de los artefactos y el sistema implicado en su relación con la sociedad que los consume. Sin embargo, desde mi punto de vista deben considerarse como *hipótesis* de invaluable aporte metodológico (si se piensan como hipótesis contrastadoras) para el análisis arqueológico de los artefactos. Con esto quiero decir que si bien la esencia de los textos de Baudrillard pretende explicar ese sistema de relaciones objeto-ideología, su empleo en la arqueología debe ser en términos de

problemas de investigación para el análisis de los artefactos como *signos*; esto es, como elementos para explicar las manifestaciones ideológicas de una sociedad, y que se logra precisamente a través de los objetos que produce en determinado momento de su proceso de desarrollo. Estas hipótesis deberán ser contrastadas a la luz de los indicadores arqueológicos (los datos, pues), por un lado, y por otro, con base en las interpretaciones derivadas de la sistematización, clasificación e interpretación arqueológica, con los propios métodos arqueológicos. Los postulados de Baudrillard pueden aceptarse como excelentes sinodales para la arqueología, sobre todo en la fase analítica del contenido ideológico de los artefactos, pues exigen —como en este caso— serias reflexiones para orientar nuestra disciplina hacia la solución de este tipo de problemas sustantivos, problemas que en muchos aspectos son abordados en el MTA y, por lo mismo, constituyen gran parte de la plataforma teórica particular (arqueológica) desde la que se critican los argumentos de Baudrillard, y por ello es necesario comentar los aspectos básicos de dicho modelo.

El MTA es resultado de un profundo análisis sobre los problemas que plantea en arqueología la necesaria clasificación de materiales producidos por distintas sociedades (no sólo las ya desaparecidas, sino aplicable también a sociedades actuales), y que se aborda sobre un principio básico que, por un lado, concibe la clasificación no dirigida al artefacto en sí, sino a la información que éste contiene; y por otro, que toda clasificación científica debe cumplir el rigor epistemológico y ontológico que exige el conocimiento de cualquier fenómeno para su cabal explicación. En tales circunstancias se asume que la clasificación debe ser una verdadera taxonomía; es decir, debe estructurarse de acuerdo con categorías generales y comunes a cualquier artefacto, en estricta correspondencia con el *corpus* teórico-epistemológico de la ciencia en cuestión (en este caso la arqueología) y de la plataforma teórica sustantiva (en este caso el materialismo histórico), de tal modo que si es el artefacto el objeto de trabajo mediante el cual se pretende el conocimiento de una sociedad

en determinado estadio de desarrollo, su fundamental esencia radica en ser un producto del trabajo humano, inventado y producido para resolver ciertos problemas inherentes a las necesidades de la subsistencia material. Es decir, el artefacto asume un *valor de uso* concebido para cumplir una funcionalidad y utilidad práctica, y aun cuando sólo sea individual se amplía en el concierto de lo social. En esa tónica, para la arqueología resulta no sólo necesario, sino una condición *sine qua non*, el análisis y clasificación de los artefactos, pues en ellos radica la información que permite adentrarnos en el estudio y explicación de la sociedad que los ha producido; los artefactos son la “cultura material” que faculta la investigación de todo lo concreto y aun de lo intangible: desde las relaciones de parentesco hasta las interpretaciones y concepciones del Universo, de todo lo inmerso en el ámbito de la ideología. Sin embargo, el análisis de la ideología a partir de los artefactos (valores de uso) requiere que la información contenida en los objetos se clasifique y ordene metodológicamente, para que así sistematizada pueda entonces favorecer el análisis de las relaciones entre los artefactos, la naturaleza (de la cual proceden) y la sociedad que los produce mediante el trabajo, y de esta manera incursionar con bases sólidas en la interpretación de esa información y abordar con mayor certeza el análisis de las formas de representación ideológica.

Lo anterior conlleva la implicación teórica de concebir el artefacto como una entidad con la que, o mediante la que, se satisfacen las necesidades subsistenciales del ser humano, razón por la cual debe concebirse, antes que nada, como un valor de uso en su relación funcionalidad/utilidad. No obstante, todos los artefactos poseen también, en mayor o menor grado, un contenido simbólico, un valor de uso ideológico —un “valor de cambio/signo”, dicho en palabras de Baudrillard—, pero el análisis del artefacto en su valor simbólico no puede ser objetivo y confiable si antes no se conoce su utilidad práctica.

Tal es el razonamiento teórico en que se sustenta el MTA y es también un razonamiento diametralmente opuesto a la teoría sociológica del

objeto que expone Baudrillard; de ahí la necesidad de confrontar ambos planteamientos que implican una inevitable contrastación mutua, de cuyo resultado depende la confiabilidad de que la arqueología sea capaz de realizar aportes significativos para la comprensión y explicación del proceso de desarrollo histórico-social, que es, en los hechos, su verdadero objeto de estudio.

Las siete reflexiones que se exponen a continuación intentan demostrar que la teoría del objeto de Baudrillard es incorrecta cuando niega la validez del análisis, clasificación y explicación del objeto a partir de su valor de uso.

Aunado a lo anterior, este análisis se sustenta asimismo en la semiótica crítica, de base materialista histórica, y sobre la cual se impone una breve aclaración: defino como *semiótica marxista* a la base teórica transdisciplinaria construida a partir del materialismo histórico como teoría sustantiva; esto es, una teoría que procura la explicación total del mundo, del mundo social en que vivimos, y que es al mismo tiempo producto de nuestro propio proceso de desarrollo, de modo que es la explicación del proceso histórico-social, y además ha postulado los principios generales que rigen dicho proceso de las formaciones económico-sociales, así en lo material como en lo ideológico (Bate, 1998).

Por otra parte, los esfuerzos que desde tiempos muy remotos diversos pensadores, filósofos y (en tiempos más recientes) científicos —no sólo del ámbito de las ciencias sociales, sino también de las ciencias exactas— han dedicado a la construcción de esquemas mentales para analizar y comprender el mundo, dio lugar a la teoría del conocimiento o epistemología. Hacia finales del siglo XIX, Saussure (1998) desarrolla y consolida la lingüística como una ciencia a través de la cual se intenta descubrir el significado de las cosas, lo cual se imbricó inevitablemente con la teoría del conocimiento, en vista de la intersección de sus mutuos objetos de estudio. En tal proceso se estructuró la semántica como disciplina especializada en el estudio de los significados, no sólo de las palabras, sino de las cosas en sí, pues —ya sean naturales o productos del trabajo y del pensamiento

del ser humano— todas las cosas conllevan un significado. Así se constituyó la semiótica como pretendida ciencia de los signos, donde signo se asume como la cosa misma, sea material o intangible: la idea misma. Sin embargo, la semiótica emergida de los planteamientos de Saussure carecía de bases teóricas propias y de la necesaria claridad de su objeto de estudio, pues como bien señala Medina Viga (s.a.), resultaba que en tanto la idea misma es un signo, la semiótica se había construido para estudiarse a sí misma y pretendía considerarse ciencia. Craso error, pues ya antes Derrida (2003) señaló también de alguna manera esta grave deficiencia.

Tal contradicción atrajo la atención de innumerables personalidades de todos los campos de la ciencia, desde Gottlob Frege, Charles Morris y Rudolf Carnap hasta Alfred Tarski y Jacques Derrida; todos ellos lograron dilucidar paulatinamente la problemática y establecieron a la semiótica como ciencia de los signos, pero entendiendo al signo como una *manifestación de la ideología*, de modo que al paso de los años la semiótica se ha convertido en la ciencia dedicada al estudio, comprensión y explicación *de la ideología*. El perfeccionamiento de la semiótica, así en su base teórica como metodológica, abrió la brecha que le diferenció de la semiótica clásica saussuriana y se consolidó entonces como una semiótica crítica que produjo un doble efecto: por un lado, al compartir en buena medida los principios básicos del materialismo histórico en cuanto a la incidencia en el análisis de la vida material y el papel que los objetos (artefactos, mercancías) desempeñan en la relación ser humano-naturaleza como condición para analizar la ideología, ambas coinciden en problemas de investigación; por otro lado, los objetos entendidos como signos adquieren mayor relevancia con miras a establecer una metodología apropiada para analizar la ideología, de manera que el materialismo histórico y la semiótica se imbrican nuevamente y se produce un campo del conocimiento que es, en efecto, la semiótica marxista. Desde esta perspectiva, el signo es una entidad de significados y simbolismos y, por lo mismo, un instrumento metodológico de enorme valor y trascendencia; a su

vez, la semiótica representa un complemento indispensable para contrastar las propias hipótesis con que se intenta explicar la ideología. Así, con base en la definición de *signo semántico* aportada por Frege (1973) y por Medina Viga (*op. cit.*), entendemos al signo como el objeto material que sirve para designar a otro objeto; es decir, hace referencia a aquello que se designa, al tiempo que como signo semiótico es el “objeto material, resultado de una transformación de la realidad para producir intencionalmente un sentido de acuerdo a objetivos y códigos referenciales muy precisos” (Medina Viga, *op. cit.*).

Al introducirnos al estudio de las formas de comunicación no verbal, es decir, de todo tipo de representación gráfica de la realidad, entramos de lleno al campo de la ideología, y eso es lo que, en efecto, debemos estudiar los arqueólogos al adentrarnos en el análisis de los signos: la ideología de la sociedad imperante en determinados momentos de su proceso de desarrollo. Tal conjunción interdisciplinaria, expresada aquí de modo rudimentario, podría parecer deficiente; sin embargo, una mayor explicación al respecto se encuentra en “Análisis semiótico de artefactos en arqueología” (en prensa), y que debe entenderse como la segunda parte del MTA.

1. El objeto (artefacto): ¿valor de uso o valor de cambio simbólico?

Desde la primera página de su *Crítica de la economía política del signo*, Baudrillard pone de manifiesto su posición, o mejor dicho, su condición de investigador del sistema capitalista, en el sentido de que realiza este peligrosamente causticador análisis sobre el objeto a partir del sistema económico del capitalismo. Como científico (filósofo, sociólogo, semiólogo), Baudrillard se introduce en la búsqueda de una explicación *total* del objeto, en tanto elemento esencial del mundo que contiene y concentra la razón de la existencia del ser humano actual; es decir, del sujeto inmerso en, y a la vez resulta-

do de, la economía capitalista. Así ubicado el objeto, y analizado desde la óptica sociológica, parecería “natural” concluir que:

...una verdadera teoría de los objetos y del consumo se fundará no sobre una teoría de las necesidades y de su satisfacción, sino sobre una teoría de la prestación social y de la significación (Baudrillard, 2002: 2).

Digo que tal aseveración pareciera un “resultado natural” debido a una característica fundamental de la producción que se acentúa al paso del tiempo en el sistema capitalista: la producción de objetos no subsistenciales sino suntuarios, o aun de primera necesidad pero impregnados de accesorios superfluos y banales, por encima de la producción de bienes de subsistencia primarios, básicos y eminentemente útiles. A esta característica se suma la “necesidad” de prestigio individual inducida en los consumidores,² de modo que en términos sociológicos, y aun antropológicos, emerge una correspondencia entre la producción y el consumo de esos objetos suntuarios.³

Desde ese punto de vista Baudrillard tiene cierta razón: sería inocuo, y casi tanto como tergiversar la realidad en que se vive, analizar esos *objetos suntuarios* por su valor de uso, entiéndase por la *funcionalidad práctica* con la cual se satisfaría una necesidad primaria o de subsistencia, toda vez que no se han producido para eso —porque simplemente no hay necesidad elemental de por medio—. Así, sólo si analizamos al objeto por su “valor de cambio/signo”, o sea por la “prestación social y su significación”, podría comprenderse el rol (supuestamente verdadero) que desempeña el objeto en la sociedad

² Acaso ahora inducida y en tiempos antiguos realmente necesaria dado el modo de producción y el sistema de relaciones sociales de él derivado.

³ Y basta con pasearse por un “mall” para corroborar que más de 70 por ciento de los objetos que ahí se venden son puramente suntuarios, y del 30 por ciento restante, que podrían considerarse subsistenciales básicos, poseen al menos un agregado suntuario. Lo mismo podría verificarse si se realizara un inventario de los objetos que se venden en los tianguis del comercio informal de las calles de la ciudad de México o cualquiera otra ciudad del mundo.

actual, al asumir —como hace Baudrillard— que en la producción capitalista se producen más bien signos que mercancías, o sea objetos de consumo que otorgarían prestigio social antes que valores de uso o mercancías útiles para satisfacer necesidades. Sin embargo, no puede negarse que incluso tales baratijas, o hasta bienes de primera necesidad investidos de lujosa parafernalia —un automóvil con TV, internet, radio satelital, asientos tapizados en piel—, antes que baratijas, Ferraris, refrigeradores o *ipods* son productos del trabajo humano, y es sobre este principio innegable que los objetos deben ser analizados, si lo que se pretende es, en efecto, una *crítica de la economía política*... del objeto. Pero acaso aquí comienza realmente la óptica sociológica del análisis de Baudrillard, en su diferencia con el análisis antropológico (aun cuando ambos puntos de vista se sustenten en el materialismo histórico y la semiótica), pues lo que pretende el filósofo francés es más bien una crítica del objeto en tanto *signo*, es decir, como elemento ideológico. Por lo demás, me parece que esa “prestación social” de los objetos reside antes que nada en su valor de uso, en su utilidad práctica, antes que en su simbolismo.

Desde la plataforma semiótica, el objeto y todo cuanto existe en el Universo (incluso el Universo mismo) son signos. Sin embargo, ello no justifica dejar de lado o subsumir al objeto como ente material, como producto del trabajo humano para la satisfacción de sus necesidades, y elevar así, por encima de ese hecho histórico al objeto como entidad simbólico-ideológica, y desde allá, desde esa superestructura ideológica, analizar su esencia en la producción y el consumo. O sea, resulta extraña la propuesta de efectuar una crítica de la economía política del signo y elaborar para ello una teoría de los objetos y del consumo no desde el ámbito de la estructura económica en la cual se produce y consume en tanto objeto material, sino desde el ámbito de la superestructura ideológica, donde se le imprime una supuesta “necesidad” de consumo. Y digo supuesta porque es inventada por los productores —no los

trabajadores, sino los propietarios de los medios de producción— y asumida como tal por los consumidores a fuerza de ser machacada en la conciencia individual y colectiva como una necesidad, ciertamente no por sus propiedades funcionales, ni por su utilidad para satisfacer la subsistencia material, sino para la satisfacción del ego, el goce, el placer, el “prestigio” social que proporciona ser propietario no sólo del objeto suntuario, sino también del objeto de primera necesidad —un pequeño departamento de interés social, por ejemplo—.

Así, la propuesta de Baudrillard podría aceptarse como pertinente si, y sólo si, toma en cuenta que tal teoría del objeto y su consumo es el *resultado último* de su asunción en el ámbito de la ideología. Pero no puede ser considerada la explicación *total* del objeto, pues para ello es imprescindible el análisis y explicación del objeto en primer lugar como entidad material producto del trabajo humano y como valor de uso, por más superfluo y banal que éste pudiera parecer. La explicación *total* del objeto sólo puede lograrse al analizar el objeto en principio, como un valor de uso con determinado valor de cambio y desde el ámbito de la estructura económica (producción-distribución-intercambio-consumo), para arribar después al análisis del objeto en tanto valor de cambio ideológico.

Los aspectos específicos en que —a mi juicio— se presentan las imprecisiones del planteamiento de Baudrillard se analizan en las siguientes páginas. “Imprecisiones” en el sentido que la perspectiva sociológica de la que surge la propuesta de Baudrillard no aborda al objeto (así, genérico) en toda su dimensión histórica, sino tan sólo en el ámbito de la economía capitalista. En cambio, el análisis antropológico (e incluyo así a la arqueología) está sustentado en el materialismo histórico y siempre toma en cuenta el contexto histórico: no sólo aquel donde se inserta socialmente el objeto, sino también el modo en que se transforman el valor de uso/objeto y el contenido e implicación ideológica (“valor de cambio/signo”, en palabras de Baudrillard) en ese devenir histórico propio de toda formación económica-social.

2. El artefacto: ¿sujeto de la relación necesidad/satisfacción o de la “prestación social simbólica”?

En contra de un significativo postulado de Baudrillard (2002: 53), debo insistir en que un refrigerador, un automóvil, una vasija o una escultura son, desde el punto de vista arqueológico, primero que nada objetos materiales, pues tal concepción permite siempre, en todas las fases posibles del análisis, mantener “materializado” al artefacto, y evita el extravío en los significados y simbolismos al anteponer éstos a su esencia material, a través de la cual el ser humano satisface determinadas necesidades. Tiene que ser así, pues en el ámbito de la metodología arqueológica debemos partir de una abstracción para aprehender la identidad del artefacto, y más aún del artefacto arqueológico, del que por lo general se desconoce precisamente su función, sin la cual nada puede afirmarse respecto a su *uso*, significado y, menos aún, simbolismo [MTA]. Muy distinto es el caso de los artefactos modernos, nuestros objetos contemporáneos, donde conocemos precisamente su función ... pero desconocemos o perdemos de vista su significado y simbolismo.

Aquí aflora en toda su magnitud lo que desde mi punto de vista marca la diferencia entre sociología y antropología respecto al análisis del objeto. Baudrillard es enfático y reiterativo respecto a su ámbito de investigación sociológico, de ahí que analice los objetos contemporáneos sin introducirse en el estudio de la “evolución” de los mismos —es decir, el origen de los artefactos, sus transformaciones a través del proceso de desarrollo de la sociedad—, y entonces omite investigar las situaciones históricas específicas en que los artefactos son inventados y producidos, y que a final de cuentas determinan las necesidades que habrá de satisfacer su empleo, lo cual, en efecto, debe entenderse como el valor de uso. Baudrillard dedica toda su atención al “valor de cambio signo”, con lo cual considera incorrecta la “hipótesis empírica: necesidad y valor de uso”. Dice Baudrillard:

Un análisis de la lógica social que condiciona el conocimiento operativo de los objetos, de acuerdo con las

diversas clases o categorías, tiene que ser al mismo tiempo un análisis crítico de la ideología del “consumo”, subyacente hoy a todo conocimiento operativo de los objetos. Este doble análisis —el de la función social distintiva de los objetos y el de la función política de la ideología que con ella se relaciona— debe basarse en una condición previa absoluta: la superación de una visión espontánea de los objetos en términos de necesidad, de la hipótesis de la prioridad de su valor de uso.

Esta hipótesis, que se sostiene en la evidencia vivida, asigna a los objetos un status funcional, el de un utensilio vinculado a unas operaciones técnicas sobre el mundo, y por ello mismo el de mediación para las necesidades antropológicas “naturales” del individuo. En esta perspectiva, los objetos son ante todo función de las necesidades y adquieren su sentido en la relación económica del hombre al entorno.

Esta hipótesis empírica es falsa. Lejos de ser el status primario del objeto un status pragmático que vendría a sobredeterminar más tarde un valor social de signo, es por el contrario el valor de cambio signo lo que es fundamental, no siendo el valor de uso con frecuencia otra cosa que la caución práctica (incluso una racionalización pura y simple): tal es, en su forma paradójica, la única hipótesis sociológica correcta. Bajo su evidencia concreta, las necesidades y las funciones no describen en el fondo sino un nivel abstracto, un discurso manifiesto de los objetos, frente al cual el discurso social, ampliamente inconsciente, aparece como fundamental. Una verdadera teoría de los objetos y del consumo se fundará no sobre una teoría de las necesidades y de su satisfacción, sino sobre una teoría de la prestación social y de la significación (*ibidem*: 1-2).

Analicemos con detalle estos postulados para mostrar la diferencia entre las concepciones y métodos sociológicos, y los propios de la arqueología (de la antropología, en general), que tienen como eje la propuesta de “un análisis de la lógica social que condiciona el conocimiento operativo de los objetos”, y que según Baudrillard “tiene que ser al mismo tiempo un análisis crítico de la ideología del consumo” (función social distintiva *versus* función política de la ideología). Y justo ahí surge el ardid: condiciona la comprensión de la utilidad práctica del objeto al sentido simbólico, de lo cual se desprende que el autor asume lo material, la funcionalidad/utilidad del objeto como resultado de lo político-ideológico del consumo. En los

hechos no hay tal ardid, sino una evidente caída en el bache de la lectura defectuosa de los fundamentos expuestos en el “Prólogo” a la *Introducción general a la crítica de la Economía Política* (Marx, 1996). Pero no quiero con esto caer en el bache del dogmatismo y por ello se imponen las siguientes diferencias:

La primera asoma desde el momento en que la arqueología no puede abordar el análisis crítico de la ideología del consumo sin antes comprender, lo más exhaustivamente posible, el conocimiento operativo de los objetos, porque sólo a través de este fenómeno puede construirse una eventual interpretación sobre el ámbito de consumo donde se insertará el objeto [MTA]; si no sabemos dónde y cómo se consume, se usa, se emplea un artefacto, nada en realidad podrá decirse sobre las implicaciones ideológicas del consumo en una sociedad, tanto en sentido individuo-consumo como a la inversa.

Una segunda diferencia radica en el hecho de que superar la “visión espontánea de los objetos en términos de necesidad” —y luego, entonces, del valor de uso— sólo es posible en tanto necesidades y valores de uso que les satisfacen están claramente determinadas, identificadas y explicadas en sus mutuas relaciones y dependencias. Tanto necesidades como valores de uso están mediados y materializados por y en las funciones de los artefactos, y sólo es posible superar esa visión espontánea en tanto dichas relaciones son comprendidas y explicadas.

Tercera diferencia: no es falsa la hipótesis sobre la prioridad del valor de uso; más bien se trata de una hipótesis inicial, cuya confirmación permite comprender la existencia del objeto. Si es este estatus pragmático el estatus primario, lo es por lo menos en las circunstancias históricas en que el artefacto se inventa, produce y conlleva un eminente valor de uso, pero que podría pasar a un segundo plano en función de las propias condiciones históricas de la sociedad, esto es, del grado de desarrollo de las fuerzas productivas y, por tanto, del modo de producción en que el artefacto es producido. Así, una carreta tirada por caballos en el oeste de Estados Unidos hacia 1920, y un camión de

carga Ford modelo T de ese mismo año en Nueva York tendrán el mismo valor de uso, pero el “valor de cambio signo” adquiere significancia sólo en Nueva York. Lo mismo ocurriría si ese modelo “T” fuese llevado al Oeste para el consumo por parte de los granjeros, y más aún si fuera usado por los apaches *chirikahuas*. Una vasija de barro —por ejemplo un cajete— en la vivienda de una aldea del Preclásico temprano en la cuenca de México tiene un estatus primario. Pero un cajete policromado de Tenochtitlan (Posclásico tardío) en el contexto de una ofrenda contiene ya una fuerte carga ideológica, religiosa y hasta política, discurso social que ciertamente ahora parece fundamental, y en esa medida obliga a un análisis más allá de sus puras funciones materiales para comprender el objeto en todas sus implicaciones, dado que la vasija colocada en la ofrenda no ejerce más las funciones elementales para las que fue producida (a menos, claro, que se haya creado solamente como objeto votivo).

Por tanto, una cuarta diferencia estriba en que, para Baudrillard, la teoría sociológica considera que las necesidades y las funciones de los objetos sólo describen un nivel abstracto de los mismos y que, por el contrario, el discurso social inconsciente es el nivel fundamental, el de su evidencia concreta. Porque, veamos: el análisis arqueológico asume como principio teórico que las necesidades de una sociedad (en circunstancias históricas determinadas) se satisfacen mediante ciertos artefactos, pues para eso son inventados y producidos. Lo “abstracto” de este fenómeno radicaría en el hecho de que las necesidades no pueden percibirse materialmente, sino que se infieren a través de los objetos materiales y del medio natural en que la sociedad está situada. Pero en realidad este es un hecho concreto, un fenómeno que se sustantiva y objetiviza por el contexto espacio-temporal en que son encontrados los artefactos. En esa lógica, el “valor de cambio/signo” (del artefacto entendido como un valor simbólico) es en verdad el nivel abstracto, ya que no es posible inferirlo sino a través de la explicación del artefacto como valor de uso, funcional, pragmático, concreto [MTA]. Así, la idea del consumo

como el ámbito donde el artefacto es objetivizado, y el de la ideología del consumo que sin duda está presente en esa relación sociedad-artefacto, son para la arqueología dos distintos niveles de análisis insoslayable, pero que deben realizarse en ese orden.

Dado lo anterior, la quinta, y definitiva diferencia entre las perspectivas sociológica y arqueológica consiste en que esos postulados de Baudrillard parecen contradecir uno de los fundamentos del materialismo histórico (entender los artefactos como valor de uso), en cuanto afirma que una correcta “teoría sociológica” de los objetos se debe establecer en función de la “prestación social y la significación” y no sobre las “necesidades y su satisfacción”. Pero si Baudrillard pretende explicar el proceso de desarrollo histórico de una sociedad, su concepción equivale a anteponer el criterio de la ideología a las condiciones materiales de existencia (Marx, 1996). Por tanto, desde el punto de vista arqueológico la “teoría del objeto” de Baudrillard debe yuxtaponerse, para afirmar entonces que *una verdadera teoría de los objetos y del consumo se fundará no sobre una teoría de la prestación social y de la significación, sino sobre una teoría de las necesidades y de su satisfacción, siendo éste el primer e insoslayable nivel de análisis*. Y esto en el entendido de que no es posible analizar los objetos en su significación si antes no se ha resuelto el porqué de su existencia como valores de uso, pues todo lo superfluo e inútil (materias primas sofisticadas, “adornos”, aditamentos excedentes) son funciones añadidas cuya especificidad conduce necesariamente, y *a posteriori*, al análisis de la significación del objeto en términos de “valor de cambio/signo”.

3. El artefacto y el consumo: ¿valor de cambio económico o valor de cambio simbólico?

En relación con el consumo, Baudrillard afirma:

La alusión a las sociedades primitivas es sin duda peligrosa; es preciso, sin embargo, recordar que originalmente el consumo de bienes (alimenticios o suntuarios)

no responde a una economía individual de las necesidades, sino que es una función social de prestigio y de distribución jerárquica. No depende ante todo de la necesidad vital o del “derecho natural”, sino de una coacción cultural. En suma, es una institución. Es *preciso* que unos bienes y unos objetos sean producidos e intercambiados (a veces en forma de dilapidación violenta) para que una jerarquía social se manifieste. Entre los Trobriandeses (Malinowski), la distinción entre función económica y función/signo es radical: hay dos clases de objetos, sobre los cuales se articulan dos sistemas paralelos: la *kula* —sistema de intercambio simbólico fundado sobre la circulación, la donación en cadena de brazaletes, collares, adornos, en torno del cual se organiza el sistema social de valores y de status—, y el *gimwali*, que es el comercio de los bienes primarios.

Esta segregación ha desaparecido en nuestras sociedades (no totalmente, por lo demás: la dote, los regalos, etc.). Sin embargo, detrás de todas las superestructuras de compra, de la transacción y de la propiedad privada, es siempre el mecanismo de la prestación social lo que hay que leer en nuestra opción, nuestra acumulación, nuestra manipulación y nuestro consumo de objetos, mecanismo de discriminación y de prestigio que se halla en la base misma del sistema de valores y de integración en el orden jerárquico de la sociedad. La *kula* y el *pottlach* han desaparecido, pero no su principio, que utilizaremos como base de una teoría sociológica de los objetos —y esto, sin duda, es siempre más cierto a medida que los objetos se multiplican y se diferencian: no la relación con las necesidades, el valor de uso, sino el valor de cambio simbólico, de prestación social, de competencia y, en el límite, de discriminantes de clase. Tal es la hipótesis conceptual fundamental de un análisis sociológico del “consumo” (Baudrillard, *op. cit.*: 2-3).

Es obvio que nuestro autor enmarca su teoría del objeto en la sociedad actual y por ello difícilmente podría afirmarse que el objeto puede ser así analizado en sociedades desaparecidas, de modo que su aplicación en arqueología resulta inoperante (y en este sentido mucho se parece a los “métodos” de la historia del arte). En este punto de nuevo emergen varias diferencias acaso ciertamente “conceptuales”, epistémicas, aunque más bien son de naturaleza ontológica. Veamos:

Primero, hay que aclarar si cuando Baudrillard dice “economía individual de las necesida-

des” se refiere expresamente a las de *un* individuo, o más bien a las necesidades colectivas, sociales, que podrían observarse en un caso individual. En el primer caso todo lo que pueda decirse es subjetivo, en función de lo que cada individuo considere sus necesidades básicas. En el segundo caso difícilmente podrá afirmarse que el consumo no privilegia las necesidades básicas (casa, comida, vestido, es decir, las necesidades subsistenciales básicas), y en lugar de ello privilegiara el prestigio y la jerarquía social. Esto último sin duda ocurre en el consumo de lo que considero *objetos suntuarios*, que pueden ser desde cierta clase de alimentos hasta casas: no es lo mismo alimentarse de tortillas y frijoles que de ternera y pan negro; tampoco es igual una vivienda de interés social a una residencia en el Club de Golf. Por tanto, si el consumo no depende de una necesidad vital sino de una coacción cultural, cualquier análisis del objeto es tan subjetivo como el hecho de determinarlo por el “gusto”, y equivale a analizar un objeto desde el criterio estético.

Segundo, si se acepta que en la sociedad actual persiste el principio del *kula*, esto no significa que haya desaparecido el *gimwali*; esto es, que la producción de objetos y su distribución, cambio y consumo como valores de uso haya desaparecido, menos aún de aquellos objetos que son medios de subsistencia básicos, pero a los que se ha añadido un valor de cambio e incluso un “valor de cambio/signo”, simbólico, que a final de cuentas sí conlleva una prestación social —ambos procesos son ciertamente paralelos, coexisten y se encuentran históricamente determinados, por lo menos desde el surgimiento de las primeras formas de manifestación o sentido de la propiedad, quizá hasta de “posesión” de los objetos, y no necesariamente a partir de la propiedad privada—. De nuevo Baudrillard hace a un lado esa condición sustantiva de la existencia del objeto para atender exclusivamente su carácter ideológico, y si esta es la hipótesis conceptual fundamental de su análisis sociológico, entonces debe enfrentar un serio problema ontológico, epistémico y metodológico que se expone enseguida.

Toda vez que el análisis del consumo exige contemplar varios elementos y relaciones fenoménicas, que a su vez obligan a la construcción o reconstrucción de los conceptos con que esos elementos y fenómenos se identificarán, es vital analizar el concepto de *valor de cambio* y su relación con el proceso de intercambio-consumo.

¿Por qué y cómo emplea Baudrillard ese concepto? Nótese un defecto grave: se apropia de un concepto esclarecido por Marx (2000), de un concepto que es en realidad un *descubrimiento científico*, no una mera interpretación cuanto sí una esencia fenoménica de la relación del artefacto con la sociedad; es decir, de la relación producción-distribución-cambio-consumo de las mercancías (entiéndase artefacto como valor de uso, el artefacto en su relación funcionalidad/utilidad, de la relación necesidad/satisfacción). Lejos de aceptar el valor de cambio como un hecho fenoménico que se produce en el ámbito económico, Baudrillard lo arranca de ahí para encajarlo en el ámbito ideológico y no con la acepción de Marx, sino contra-haciéndolo para asignarle un contra-significado, como un mero concepto sociológico para definir el problema de la *ideología del consumo* de los objetos, no como objetos de utilidad práctica, no como satisfactores de la sobrevivencia material, sino como objetos que existen por efectos del condicionamiento ideológico impuesto en la sociedad capitalista. Así, el valor de cambio debe entonces entenderse, según Baudrillard, como valor de cambio *simbólico* (valor de cambio/signo); y todo ello fundamentado en su débil argumento de que el cambio simbólico (*kula* o *potlach*, en otras sociedades) aún rige en nuestro tiempo, y no sólo en el sentido de un intercambio amistoso o simbólico de objetos, sino para elevar el *significado ideológico* del intercambio y del consumo a la categoría de explicación de la existencia de los objetos.

Por otra parte, la idea de Baudrillard pierde toda validez cuando al enunciar el concepto valor de cambio simbólico —y más que nada cuando aplica dicho concepto para explicar la ideología del consumo— jamás analiza la intervención fundamental del *dinero* en las relacio-

nes de intercambio. Esto resulta grave porque el consumo tiene como condición la producción de artefactos (mercancías, valores de uso), y sólo a través de la distribución de los bienes puede tener lugar su intercambio —de nuevo, sin distribución no hay posibilidades de intercambio—; esto ocurre en la vida cotidiana cuando, por ejemplo, en el mundo capitalista brota la escasez de ciertos bienes de primera necesidad, digamos el azúcar, debido al acaparamiento de ciertos productores o intermediarios para encarecer el producto en el mercado y obtener así mayores ganancias. Ahí se interrumpe la cadena de las relaciones económicas, pues al no haber distribución, es decir, al no existir en ese momento el producto en el mercado, no puede entonces efectuarse el intercambio —entendamos compra-venta—. Es así que al no haber intercambio, lógica y consecuentemente no hay consumo. La relación producción-distribución-cambio-consumo de productos ya no ocurre hoy como en épocas pasadas, cuando el intercambio se establecía en términos de trueque de un bien por otro, un valor de uso por otro, sino que tal fenómeno opera a través del dinero, donde éste toma el papel de equivalencia de los productos (Marx, 2000: cap. III). Así, hoy el consumo se realiza mediante el intercambio de productos por dinero. El consumo es también consumo de dinero para adquirir un bien, lo cual, y junto con el consumo de bien adquirido, ocurre irremediamente (y muy a pesar de Baudrillard) en el terreno económico, es decir, en el proceso de producción de nuestra vida material, de la sobrevivencia cotidiana. Aun cuando tal consumo pueda impactar en el ámbito de lo ideológico, tal cosa estará ya previamente definida por las condiciones materiales de existencia que resultan del intercambio-consumo de los artefactos, de los valores de uso adquiridos por medio del intercambio de dinero. En consecuencia, la ideología del consumo jamás podrá comprenderse, ni siquiera analizarse de modo objetivo, si no se toma en cuenta la intervención y el papel condicionante del dinero para que el consumo tenga lugar, y que todo este sistema de relaciones ocurre en el ámbito económico.

De este modo, si Baudrillard evade el análisis del dinero en el actual consumo de bienes (o de su equivalente en cualquiera época de la historia de la humanidad), resulta que: *a*) su análisis es incompleto y, por lo mismo, su conclusión deficiente; *b*) su planteamiento encierra un engaño al dejar de lado, deliberadamente, el elemento sustantivo que permite comprender el hecho histórico —en el mundo capitalista, aunque no nada más ahí— del consumo de bienes como valores de uso, ya sean indispensables, y condición *sine qua non*, para la sobrevivencia material de los seres humanos, ya en lo individual y en lo colectivo, e incluso como objetos suntuarios —no requeridos para la sobrevivencia material, sino como bienes de “consumo inducido”—.

Lejos de preocuparse por el rol del dinero en la relación intercambio-consumo, Baudrillard recurre a la idea del *kula* (o *potlach*) para intentar convencernos de que en el análisis y explicación de los artefactos producidos a lo largo del proceso de desarrollo de las sociedades no debe tener importancia el análisis del valor de uso, tan sólo el valor de cambio, y aquí tampoco examina el valor de cambio económico, sino exclusivamente el valor de cambio simbólico. El lector puede contrastar esta idea mediante un breve análisis de su vida cotidiana a partir de dos preguntas: *a*) ¿los bienes que adquiere en el supermercado para abastecer la despensa del hogar, los adquirió mediante una relación de intercambio por otros bienes, o intercambió dinero por bienes? *b*) ¿al intercambiar dinero por bienes que abastecerían su despensa, lo hizo impelido por el deseo de prestigio social, o por la necesidad de asegurar (por 15 días al menos) la cotidiana sobrevivencia material? Entonces, pregúntese: ¿adquirió esos bienes por su funcionalidad/utilidad, que le permitirían satisfacer una necesidad subsistencial básica, o adquirió bienes de valor simbólico? Justo es reconocer que en el supermercado, y sobre todo en nuestra moderna sociedad de consumo, resulta casi imposible no comprar —esto es, intercambiar dinero por productos— uno que otro objeto suntuario: un artefacto cuyo valor de uso consiste en satisfacer una necesidad secundaria,

propia del goce estético, y que al final de cuentas resulta, sí, un bien de prestigio. Pero advierta el lector que tal intercambio consistió en cierta cantidad de dinero por un artefacto, un producto del trabajo humano, un valor de uso que aun cuando no satisface necesidad básica alguna, sino que existe únicamente para el goce o el placer, fue adquirido por su valor de uso/utilidad, ejemplo: un disco de música folklórica, una pantalla de plasma, un refrigerador, un juguete para el niño. Y entonces, como resultado de tales preguntas, juzgue si para explicar el mundo en que vivimos (su propia vida cotidiana) resulta pertinente analizar el fenómeno del intercambio-consumo con base en el objeto sólo a partir de su valor de uso —es decir, como satisfactor de una necesidad— o exclusivamente por su valor simbólico.

Y aquí podría reflexionarse sobre la idea contrapuesta del fetichismo del valor de uso y el valor de cambio/signo de Baudrillard con la explicación del fetichismo de las mercancías según Marx, la cual aparece tergiversada a lo largo del planteamiento de Baudrillard y resulta insostenible por dos razones: por la usurpación y tergiversación del concepto de valor de cambio, ya enunciado, y por la ausencia del *dinero* como equivalente *cuasi* universal del intercambio. Qué irónico: resulta que sin el dinero no hay posibilidad de un análisis objetivo del fenómeno del consumo, mucho menos de analizar la ideología del consumo en la sociedad actual. Lejos de exponer esa explicación de Marx respecto al fetichismo de las mercancías —y claro, del dinero—, sugiero al lector remitirse al original (Marx, 2000: cap. I, 36 y ss.; y cap. III) y no conformarse con la interpretación que aquí he procurado. En este caso la lectura de los clásicos es más que pertinente.

4. El artefacto como pivote del análisis de la vida material

La reflexión anterior influye directamente en el problema central del postulado de Baudrillard en lo que se refiere a estudiar el objeto como valor de cambio/signo y sin preocuparse por el

análisis de su valor de uso, lo cual, como se ha visto, no tiene ya sustento.

En arqueología, tal deficiencia se resuelve, *si y sólo si*, este postulado se aplica una vez concluido el análisis taxonómico —es decir, el estudio material, objetivo, que implica elementos y métodos de análisis y clasificación de los artefactos— para la identificación del valor de uso, y cuyas interpretaciones deben llevarse como *hipótesis* al análisis semiótico de los artefactos [MTA], considerando como guía del mismo la relación ideología-consumo. Es decir, la hipótesis sociológica mantendrá su contradicción con la arqueológica, pero finalmente la claridad de objetivos, métodos y conceptos desprendidos del análisis arqueológico marca la pauta para aplicar tal hipótesis, ya corregida en su aspecto epistemológico y metodológico, y entonces plenamente válida para el análisis del artefacto en su aspecto ideológico.

No es que los aspectos y fenómenos señalados por Baudrillard no participen de la estructura económica, política e ideológica (social, en general) de una formación económico-social, pero me parece que asume el aspecto ideológico del consumo como *factor determinante*; esto es un caso de confusión, como aquél donde se confiere a la religión (Palerm, 1972), a la tecnología (White, 1982), al medio ambiente (Steward, 1973, junto con todos los “materialistas ecológicos”) o a la guerra, el carácter de factor de integración social en diversos estadios de su desarrollo.

Aquí se impone un amplio paréntesis para analizar un claridoso planteamiento que representa una de las bases fundamentales de la teoría marxista, y que suele soslayarse (intencionalmente o por descuido) por la mayoría de sus detractores, incluido el propio Baudrillard:

En la producción social de su existencia, los hombres establecen determinadas relaciones, necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción que corresponden a un determinado estadio evolutivo de sus fuerzas productivas materiales. La totalidad de esas relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la cual se alza un edificio [*Überbau*] jurídico y político, y a la cual corresponden determinadas formas de conciencia so-

cial. El modo de producción de la vida material determina el proceso social, político e intelectual de la vida en general. No es la conciencia de los hombres lo que determina su ser, sino, por el contrario, es su existencia social lo que determina su conciencia (Marx, 1996: 66-67).

En pluma de Marx dicho argumento no es un eufemismo, sino un descubrimiento científico (otro más) esencial para comprender una de las leyes⁴ sustantivas del materialismo histórico, y al que sus detractores, por una asombrosa falta de capacidad y miopía analítica, califican de “determinismo económico”, sin comprender jamás esa esencia que varios autores marxistas han procurado esclarecer:

Ir más allá del análisis estructural [como ejemplo de una corriente teórica antropológica] de las formas de las relaciones sociales o de los modos de pensamiento significa, por tanto, de hecho, practicar este análisis morfológico de tal manera que se descubran los vínculos internos entre la *forma*, las *funciones*, el *modo de articulación* y las *condiciones* de aparición y de transformación [que es lo que *no* hace Baudrillard, pues sólo describe la supuesta forma en que se presenta ese valor de cambio/signo en la sociedad capitalista actual] de esas relaciones sociales y de esos modos de pensamiento en el seno de las sociedades concretas estudiadas por el historiador y por el antropólogo. En nuestra opinión, es empeñándonos resueltamente por esta vía como podremos esperar hacer que progrese el análisis científico de un campo habitualmente menospreciado o mal tratado por los materialistas: el campo de la ideología, y por el otro lado, el campo de las formas simbólicas de las relaciones sociales y de la práctica simbólica, donde, por esta misma razón, el idealismo, ya se valga del funcionalismo o del estructuralismo, se ha instalado de forma privilegiada (Godelier, 1980:157).

Desde que Marx enunció ese postulado central del materialismo histórico se ha tratado in-

sistentemente destruirlo, ya sea de modo serio y propositivo, o malintencionado y pobre. La mayor parte de las veces los análisis pierden de vista que tal determinación de la conciencia social por el modo de producción de la vida material implica también todo el sistema de relaciones sociales de producción, y que las “instituciones” jurídicas, políticas e ideológicas que surgen en el proceso de desarrollo efectivamente participan en esas relaciones, aun como organizadores de ellas, pero no como generadoras (determinantes) de las mismas.

A lo largo de toda su obra, Marx insiste en ese planteamiento, por ejemplo cuando señala:

La tecnología nos descubre la actitud del hombre ante la naturaleza, el proceso directo de producción de su vida, y, por tanto, de las condiciones de su vida social y de las ideas y representaciones espirituales que de ellas se derivan. Ni siquiera una historia de las religiones que prescindiera de esta base material puede ser considerada como una historia crítica. En efecto, es mucho más fácil encontrar, mediante el análisis, el núcleo terrenal de las imágenes nebulosas de la religión que proceder al revés, partiendo de las condiciones de la vida real en cada época para remontarse a sus formas divinizadas. Éste último método es el único que puede considerarse como el método materialista, y por tanto científico (Marx, 2000: t. I, cap. III, 303, nota 4).

Cerrado el paréntesis, y con esa aclaración proseguir el asunto de fondo que atañe a estas reflexiones, se observará claramente que la perspectiva del análisis de Baudrillard entraña un espejismo: ver la significación (simbolismo ideológico) como lo esencial del objeto, y no su razón de ser (su invención, producción, consumo) en la satisfacción de una necesidad básica que permite sobrevivir y reproducirse biológicamente al ser humano, condición imperativa para su existencia social. Es cierto que su existencia social retroalimenta a la biológica (material), la impulsa y define (no da forma, sólo las pule, las ajusta, las afina), y con ello motiva la invención de nuevos artefactos para satisfacer nuevas necesidades que surgen y son creadas por la reproducción social (y entonces sí, “cultural”), pero en primera instancia son artefactos cuya función bien puede no ser la satisfacción de nece-

⁴ En filosofía de la ciencia mucho se cuestiona la existencia del concepto “leyes” para indicar esos fenómenos a que el Universo está sujeto, pues tal concepto lleva implícito el problema del criterio de verdad. Para no entrar en discusiones ajenas al tema aquí tratado, concedamos, y consideremos en lugar de leyes: “generalizaciones”, “reglas”, y aun “determinaciones”.

sidades materiales, sino que requieren de una materialidad para objetivarse, usarse y cumplir funciones —ahora sí—, eminentemente ideológicas a través de la significación. Así, tales objetos poseerán un verdadero valor en cuanto signos (valor/signo, función/signo) y para los que el valor de uso, valor de cambio económico, no existiría, sino que se convierte en fetichismo, en un proceso inverso al señalado por Marx para las mercancías (Baudrillard, 2000: 126).

Luego entonces, no puede eliminarse el carácter sustantivo *esencial* del artefacto como valor de uso (función de las necesidades primarias) por el cual existe, y mucho menos si el análisis se aplica a las sociedades antiguas y/o desaparecidas, porque en la medida que no todos los artefactos se produjeron como valores/signo —aun cuando posean intrínsecamente ese valor—, primero debe conocerse o descubrirse esa función de las necesidades. Esto es lo que pretende la arqueología, es por lo que existe, es su problema de investigación básico, establecida por su propia ontología. Si tal hecho se niega, que desaparezca pues la arqueología ...y quedémonos con la sociología, incluso con esa de Baudrillard que niega la virtud del análisis del artefacto por su valor de uso. Si tal ocurriera, prácticamente nada de lo que hoy sabemos, y es fundamento para el análisis sociológico, podría existir. Nada sobre las necesidades y el proceso implicado en su satisfacción, con lo que el ser humano “vive” su proceso de desarrollo. Antes bien, y con la mejor intención de avanzar en la solución de este tipo de problemas ontológicos, valga una propuesta: empecemos por el análisis arqueológico del valor de uso, y con sus resultados introduzcámonos al análisis del valor simbólico, pues

[...] la hipótesis de Marx sobre la determinación en último análisis de las formas y de la evolución de las sociedades y de los modos de pensamiento por las condiciones de la producción y reproducción de la vida material, debe servir de hipótesis central [...] (Godelier, *op. cit.*: 158).

Como quiera que sea, el ejercicio es menos complicado si se sustenta en la base teórica de una *semiótica marxista*.

5. Idealismo de la teoría del objeto de Baudrillard

En el capítulo titulado “La génesis ideológica de las necesidades”, dice Baudrillard que

Son los procesos y el trabajo de la lógica social inconsciente lo que hay que encontrar bajo la ideología consagrada del consumo (Baudrillard, *ibidem*: 52).

Y bueno, tal vez mi percepción del materialismo histórico no sea muy vasta, pero esto es precisamente lo que planteó Marx, a menos que “procesos y el trabajo de la lógica social inconsciente” sean para Baudrillard otra cosa no muy clara a mi inteligencia. Me parece que querría decir “el proceso mental y la respectiva lógica del ser humano ante sí mismo y ante el mundo”, que se produce *inconscientemente*; es decir, no razonadamente, no como producto del análisis de su existencia sino como reflejo de sí mismo ante el espejo de las relaciones sociales de producción ya tamizadas por la ideología, que le muestra una imagen tergiversada de la realidad y que el individuo —aun la sociedad en su conjunto— asume como verdadera, y donde esta última viene a ser precisamente (entre otras muchas cosas) la “ideología consagrada del consumo”.

Si entendí bien a Baudrillard, nos encontramos frente a ese fetichismo del objeto, esto es, el valor de cambio como fetichización del valor de uso. Y si sigo en lo correcto, esto es precisamente lo que señaló y dilucidó Marx en *El capital*. Pero podría yo haber malinterpretado el planteamiento y es posible que Baudrillard más bien señale aquí, enfáticamente —concediendo el beneficio de la duda—, que se ha propuesto analizar, el proceso mental inconsciente mediante el cual el individuo y la sociedad en pleno viven su experiencia cotidiana frente al objeto. Si mi apreciación es correcta, de cualquier manera lo que resulta es un análisis de la *ideología* del objeto, y entonces se afirma la diferencia metodológica de Baudrillard respecto al materialismo histórico, pues ha yuxtapuesto el proceso metodológico de análisis o, peor aún, ha pretendido aniquilar el principio fundamen-

tal del materialismo histórico al calificar de errático e inocuo el análisis del objeto como valor de uso; es decir, como objeto material funcional y útil para la satisfacción de necesidades sociales e individuales, asumiendo así que lo pertinente es el análisis del valor de cambio/signo, de las prestaciones sociales y su significación.

Al inicio del segundo capítulo Baudrillard hace patente el análisis ideológico del objeto. No me parece incorrecto efectuar ese análisis desde la plataforma semiótica, y he asumido que la semiótica es la ciencia que investiga los signos y éstos actúan como elementos para explicar las manifestaciones ideológicas de una sociedad, plasmadas precisamente a través de los objetos que produce en determinado momento de su proceso de desarrollo. Pero no implica aceptar sin más que no deba analizarse el objeto (aun en tanto signo) entendido como producto del trabajo humano, ya material o intelectual. Pero en todo el discurso de Baudrillard subyace un lenguaje a veces ambiguo, no muy claro en su semántica. Tal sucede al establecer una analogía entre la necesidad y el sueño:

Como en el *travelling* del sueño, las satisfacciones del consumo nos rodean, prendidas de los objetos como residuos diurnos, y la lógica que regula este discurso —la equivalente a la utilizada por Freud en la *Interpretación de los sueños*— no se ha encontrado aún. Creemos en el “consumo”: creemos en un Sujeto real, impulsado por necesidades y confrontado con objetos reales, fuentes de satisfacción. Metafísica vulgar, de la que son cómplices la psicología, la sociología y la ciencia económica (*idem*).

Nos explica qué pasa cuando “las satisfacciones soñadoras del consumo nos rodean”, y cómo actuamos ante este falso reflejo. Pero, aun cuando asumiéramos tales explicaciones como ciertas, ¿nos explica *por qué* ocurren esas cosas? ¿Diferencia entre las satisfacciones reales que obtenemos (y nos proporcionan los objetos) y las satisfacciones soñadoras, superfluas, no elementales sino superfluas, propias del goce individual y ajenas a nuestras innegables necesidades subsistenciales? ¿Acaso no requerimos, para sobrevivir material y cotidianamente, alimento, casa, vestido? ¿No son acaso resultados del

trabajo humano, y como tales productos socialmente necesarios para la sobrevivencia cotidiana? En tanto nuestra existencia biológica se debe a la satisfacción (buena o mala) de nuestras necesidades materiales, al consumo del valor de uso de los objetos producidos, ¿es así un sueño? ¿Necesidades, valores de uso producidos y consumidos son “residuos diurnos” de la ensoñación del consumo? ¿No es este razonamiento idealismo puro y fantástico? Si persiste la duda, leamos:

El objeto dado, empírico, en su contingencia de forma, de color, de materia, de función y de discurso, o, si es cultural, en su finalidad estética, tal objeto es un mito. Escóndete, le han dicho. Pero el objeto no es nada. No es nada más que los diferentes tipos de relaciones y de significaciones que vienen a converger, a contradecirse, a anudarse sobre él en tanto que tal. No es nada más que la lógica oculta que ordena ese haz de relaciones al mismo tiempo que el discurso manifiesto que le oculta (*ibidem*: 52-53).

Cualquiera que sea la clase de significaciones —¿querrá decir aquí Baudrillard ‘valor de cambio simbólico’?— y relaciones que converjan y se contradigan —no en la *nada*, claro sino ¿en el valor de cambio? ¿en el signo?—, ello no puede ocurrir sin considerar qué significaciones y relaciones se desprenden del valor de uso. Y es mi parecer que sí, como dice Marx en *El Capital*, efectivamente se fetichiza por el valor de cambio. Entonces, esa lógica oculta que ordena relaciones y contradicciones es la lógica de las relaciones sociales de producción. Y esto incluye asumir que el valor de uso es una abstracción, no una entidad material, no el *objeto en sí*, pero tampoco puede decirse que no sea *nada*. Puede verse que valor de uso y valor de cambio son abstracciones, como lo es también la significación, pero no el objeto. Otra cosa muy distinta y correcta es elevar el análisis al nivel de las abstracciones —como hace Marx (2000), como propone la semiótica, como teoriza Carnap (1988) y como funciona la ciencia, para acabar pronto— para, desconstruir el mundo, entenderlo y explicarlo una vez reconstruida nuestra imagen del mismo, en un mínimo pero cada vez mayor apego a la realidad. En este sentido, ya

en la reflexión 3 se develaban las inconsistencias epistemológicas de Baudrillard al usurpar y tergiversar el concepto de valor de cambio.

6. El artefacto y la vida cotidiana

Continúa Baudrillard:

Objeto, consumo, necesidades, aspiración: es preciso des-construir todas estas nociones, porque no se teoriza la evidencia de la vida cotidiana, así como no se puede teorizar la del sueño o su discurso manifiesto [...] (*ibidem*: 52).

¿No es posible teorizar la evidencia de la vida cotidiana? Es decir, por vida cotidiana entiendo la sobrevivencia diaria en tanto seres biológicos con necesidades materiales, de las que menciono simplemente tres: comida, casa y vestido. Un sueño sería esperar que tales necesidades se resolvieran con maná caído del cielo. Para sobrevivir es imperioso cubrir esas necesidades, y la única manera de lograrlo es mediante el trabajo, ese que produce los objetos con los que satisfacemos nuestros requerimientos, cuyos orígenes e implicaciones han quedado ya explicadas en toda su trascendencia histórica por Marx en *El capital* (y también por Engels en *El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre*). Y no sólo eso, Marx también demostró que ciertamente la cotidianidad es un particularismo, cuando lo que hay que ver es el sistema general, donde la sobrevivencia y la vida material con tal o cual complejidad se producen y desarrollan en el proceso histórico social, de lo que se desprende el sustantivo concepto “modo de producción” (y basta con atender el planteamiento multicitado de Marx en el “Prólogo” (1996).

Una vez alcanzada la explicación general y descubiertas las constantes generales que rigen el proceso de desarrollo social (lo cual incluye, naturalmente, la sobrevivencia material), contamos con las bases necesarias para arribar a explicaciones de lo particular, esto es, de la cotidianidad del proceso. Es evidente que se puede (y se debe) teorizar la vida cotidiana, si no

para qué somos “científicos sociales”, y por ello quisiera concluir esta reflexión con una sentencia de Marx:

[...] así como no se juzga a un individuo de acuerdo con lo que éste cree ser, tampoco es posible juzgar una época semejante de revolución a partir de su propia conciencia, sino que, por el contrario, se debe explicar esta conciencia a partir de las contradicciones de la vida material, a partir del conflicto existente entre fuerzas sociales productivas y relaciones de producción [...] (Marx, 1996: 67).

Considero un tanto ocioso continuar el análisis de los postulados de Baudrillard, pletóricos como están de ejemplos como los ya expuestos, cuando lo que se requiere en este nivel de análisis es la aprehensión del objeto como entidad material, real, para una correcta identificación y taxonomía, y así una comprensión cabal, para proceder con esa base a intentar su explicación. El lector podrá contrastar por sí mismo la negativa de Baudrillard a la posibilidad de teorizar la vida cotidiana: si ha efectuado el ejercicio de las preguntas enunciadas en la reflexión 3, lo que ha hecho es, ciertamente, un ejercicio teórico de su cotidianidad.

7. Agnosticismo de la teoría del objeto de Baudrillard

Pero las reflexiones no pueden concluir aquí. Baudrillard fue célebre también por su picante y deliciosa ironía y el problema de eso es que llega un momento que se hace difícil distinguir en su discurso qué quiere decir realmente, si su ironía es la manera de abordar el análisis de las falsas verdades o es la verdad re-construida. De pronto escapa a la comprensión si la ironía se mantiene o finalmente se presenta la verdad del mundo desnuda e increíble, pues se ha volteado el mundo al revés. No basta, pues, con “entender” el planteamiento de Baudrillard, ya que tal cosa, cuando se logra, obliga a la reflexión profunda y al ejercicio de intentar una re-construcción de la realidad.

Entre las más complicadas aseveraciones de Baudrillard destaca la que concluye que el va-

lor de uso es la *coartada* del valor de cambio; esto es, según entiendo, como un disfraz con que el valor de cambio, y luego entonces el consumo, coacciona al individuo y a la sociedad y condiciona su conducta. Eso sería precisamente una de esas verdades desnudas que contradicen lo asumido hasta ahora; es decir, que valor de cambio y consumo son fetiches, disfraces del valor de uso. Pero entonces —y de modo mucho más enfático— el análisis de la relación objeto/función, como expresión de la relación uso/necesidad, que a través de su análisis y clasificación —es decir, de la taxonomía de la información contenida en los objetos— requiere del análisis y comprensión del objeto como valor de uso producido socialmente, es el paso inicial para explicar esa existencia material del objeto producido, para finalmente abordar el análisis ideológico ya no como valor de uso, sino en toda su expresión “valor de cambio/signo”. Y es a partir de ahí, y sólo asumida de ese modo, donde la teoría de Baudrillard podría tener relevancia. Mas no es así como está expresado su planteamiento, pues al referirse a la esencia del objeto, que sería la finalidad (cosa que cuestiona), dice:

El mismo finalismo es el que sella la esencia del sujeto (su identidad consigo mismo a través del reconocimiento de esta finalidad trascendente) y que instituye el objeto en una “verdad”, en una esencia llamada valor de uso, en una transparencia consigo mismo y con el sujeto bajo el signo racional de la utilidad. Y esta misma ley moral opera la misma reducción fundamental de todas las virtualidades simbólicas del sujeto y del objeto. Una finalidad simple sustituye una multiplicidad de sentidos. Y aquí también es el principio de equivalencia el que opera como reductor de la ambivalencia simbólica:

1. Instituye el objeto en una equivalencia funcional consigo mismo en el sólo marco de esta valencia determinada: la utilidad (Baudrillard, *ibidem*: 154).

Y me parece que no puede ser de otra manera, pues los objetos se producen por y para eso, para ser útiles, lo cual requiere que sean funcionales, y eso convierte al objeto en una realidad. Desaparezcan los vasos, las botellas, las mesas, los trastes de cocina, desaparezcan como valo-

res de uso (función/utilidad) y reaparezcan sólo como entidades de valor de cambio simbólico sustentado no en sus funciones y utilidades, sino en su significado simbólico. Y entonces ¿para qué intercambiar, ya como obsequio simbólico, ya como trueque amistoso; o aún más, para qué *comprar* vasos, platos o mesas? ¿Qué serían realmente esos objetos despojados de su valor de uso, esto es de su función/utilidad? Nada, ciertamente, no existirían como tales y quizá ni con esos nombres. Peor aún, no habrían sido inventados al no existir una utilidad para ellos, lo cual implica que no existiría la función y, naturalmente, tampoco la necesidad. Nuestros hábitos alimenticios serían los de cualquier otro animal. Pero la realidad no es así: somos animales culturales (quiero decir, seres biológicos y sociales), y si para comer requerimos de esos objetos se debe a que en nuestra evolución biológica intervino la invención de objetos para facilitar la obtención y el consumo de alimentos. Y aunque no interviniera, su propia anatomía impulsó al ser humano a satisfacer la necesidad de inventar recipientes para contener los alimentos. En esta lógica, no puede negarse que, y a pesar del propio Baudrillard,

[...] como valor útil, el objeto alcanza la universalidad abstracta, la objetividad (*ibidem*: 157).

Más aún, al margen de que sea o no una ley moral... ¿no se trata más bien de una ley científica, y por eso se opera esa reducción?

Reflexionar acerca de estos planteamientos requiere pensar en dos lógicas distintas: una idealista y otra materialista, y sumergirse así en la profundidad del primero de los problemas filosóficos, justamente en la disyunción sobre el carácter ideal/material del mundo. La sagacidad de Baudrillard consiste en iniciar el planteamiento con un análisis específico de las características tangibles del objeto y de sus relaciones con los seres humanos (ya sea que se les considere “trabajadores”, “productores”, “consumidores”, “individuos”, “sociedad”), para inmediatamente comenzar la crítica mediante un lenguaje propiamente filosófico con calificativos, conceptos “equivalentes” y eufemismos que no dejan de

ser amenos y lógicamente estructurados, al grado que de pronto siembra la duda. Y hay una parte sustantiva de toda esta estrategia, pues Baudrillard señala tres contextos lógicos:

- 1) El uso funcional del objeto pasa por su estructura técnica y su manipulación práctica. Por su nombre común: refrigerador.
- 2) El uso de objeto-símbolo pasa por su presencia concreta y su nombre “propio”. La posesión, la pasión, bautizan el objeto (con el nombre metafórico del sujeto), y ponen en él su sello.
- 3) El “consumo” del objeto pasa por su marca, que no es un nombre propio, sino una especie de nombre de pila genérico (*ibidem*: 60).

En el punto 1 se está pensando al objeto material como tal. Es una lógica que concibe al objeto por su funcionalidad, su uso propio. Es la lógica materialista (no materialista histórica, propiamente dicha) en su acepción filosófica. Pero en el punto 2 aparece otra concepción del objeto, ahora como objeto-símbolo y con implicaciones que pasan por la lógica idealista, pues su existencia ya no está dada por la materialidad y funcionalidad, sino por la posesión, *la pasión* incluso. En este momento ya no es posible ningún análisis racional y todo queda a nivel de una discusión bizantina. En el punto 3 sólo podría decir que es inevitable en el mundo capitalista, pero el consumo del objeto, a mi juicio, no depende de la marca, sino de su funcionalidad. Otra cosa es la adquisición del objeto por su marca, donde en la decisión intervienen ciertamente muchos aspectos no materiales, sino más bien de “prestigio”. Para comprar un refrigerador el consumidor debe evaluar, por lo menos y *a fortiori*, tres cosas: funcionalidad, tamaño y precio. La marca sería un *plus*, accesible en términos del poder adquisitivo del comprador. El hecho es que el ejemplo ilustra la “mezcla contradictoria de los contextos lógicos”, que finalmente llevan a Baudrillard a cuestionar:

[...] ¿Cuál puede ser el sentido de alguna clasificación, definición, categorización de los objetos como tales? ¿Y qué fundamento pueden tener todas las teorías posibles de las necesidades, más o menos ajustadas a las categorías de los objetos? Todas estas formaliza-

ciones empíricas están desprovistas de sentido (*ibidem*: 61-62).

Y con ello se niega de nuevo la materialidad del mundo que nos rodea, en la cual nacemos y existimos, a veces muy a pesar de nosotros mismos —pareciera que Baudrillard nos quiere conducir a ese sentimiento de inutilidad de la vida y todo lo que implica—. Es legítimo revivir la pregunta, considerando por ejemplo la clasificación de objetos de la naturaleza: ¿para qué clasificar bacterias? ¿Cuál puede ser el sentido de alguna clasificación, definición, categorización de las bacterias como objetos de la naturaleza? La respuesta es sencilla: para conocer con mayor amplitud y perfección la naturaleza, y de alguna manera contribuir a la sobrevivencia de nuestra especie. ¿De qué manera, entonces, se descubrieron tantas enfermedades provocadas por bacterias, si no mediante su análisis, clasificación, definición, categorización? ¿Qué facultó a Flemming a descubrir el hongo del cual se extrae la penicilina? Seguir la lógica de Baudrillard, equivaldría a asumir que ni siquiera vale la pena *conocer*, pues todo intento carecería de sentido. Emerge ahí una especie de conseja que impulsa al agnosticismo y, naturalmente, desarticula cualquier intento de análisis e investigación del mundo.

A manera de conclusión

El materialismo histórico es —concordando con Godelier (1980), Bate (1998), Lumbreras (1974), y naturalmente con los propios Marx y Engels— la teoría científica de la historia, la única que ha logrado descubrir y postular leyes (concedo de nuevo: “generalizaciones”, “reglas”, “determinaciones”) del proceso de desarrollo histórico-social. Uno de los elementos centrales de esta teoría es el artefacto —el producto, la mercancía— como resultado de la interacción que el ser humano establece con la naturaleza y consigo mismo, y como producto del trabajo que es resultado de esa relación para la satisfacción de necesidades elementales; por ello resulta imposible prescindir del análisis del artefacto

para comprender y explicar, desde la perspectiva de la arqueología, ese proceso de desarrollo histórico-social con todo el rigor y el alcance científicos. Por ello, también, la teoría sociológica del objeto de Baudrillard requiere ser analizada, pues asumirla tal cual implicaría negar la propia esencia de la arqueología y anular sus principios y bases teórico-metodológicas.

Este ensayo ha procurado ser solamente un aporte para distinguir algunas deficiencias en la teoría de Baudrillard, y para llamar la atención de los especialistas en la materia sobre la importancia de efectuar las investigaciones sobre bases teóricas sustantivas, las cuales, siempre insistiré, deben ser las que postula el materialismo histórico, entre otras razones por lo ya expuesto en el párrafo precedente. Sin embargo, en vista del desarrollo de la semiótica crítica y su base materialista histórica, el *corpus* teórico de la arqueología se complementa y permite incidir, con mayor seguridad y alcances, en el análisis de las representaciones ideológicas que conllevan los artefactos, previo análisis y comprensión de la función/utilidad de los mismos.

Finalmente, la sagacidad e inteligencia que caracterizaron a Baudrillard hacen de su teoría del objeto una hipótesis digna de tomarse en cuenta, pero —como se ha procurado demostrar en este ensayo— no logra superar la confrontación con los postulados esenciales de la teoría materialista histórica y de la arqueología en ella sustentada.

Bibliografía

- Bate, Luis Felipe
1998. *El proceso de investigación en arqueología*, Barcelona, Crítica.
- Baudrillard, Jean
2002. *Crítica de la economía política del signo*, México, Siglo XXI.
2003. *El sistema de los objetos*, México, Siglo XXI.
- Carnap, Rudolf
1988. *La construcción lógica del mundo*, trad. de Laura Mues de Schrenk, México, IIE-UNAM.
- Derrida, Jacques
2003. *De la gramatología*, México, Siglo XXI.
- Engels, Friedrich
2006. *El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre*, México, Fontamara.
- Frege, Gottlob
1973. *Estudios sobre semántica*, Barcelona, Ariel.
- Godelier, Maurice
1980. *Economía, fetichismo y religión en las sociedades primitivas*, México, Siglo XXI.
- Lumbreras, Luis G.
1974. *La arqueología como ciencia social*, Perú, Ediciones Histar.
- Marx, Karl
1996. “Prólogo a la contribución a la crítica de la economía política”, en *Introducción general a la crítica de la economía política/1857*, México, Siglo XXI.
2000. *El Capital*, México, FCE, t. I.
- Medina Viga, Miguel
s.a. “Carta a Leticia González”, mecanoescrito.
- Palerm, Ángel
1972. *Agricultura y sociedad en Mesoamérica*, México, Diana/SEP (Setentas, 45).
- Sánchez, Jesús E.
2007. “Modelo taxonómico de artefactos”, mecanoescrito.
- Saussure, Ferdinand de
1998. *Curso de lingüística general*, México, Fontamara.
- Steward, Julian
1973. *Theory of Cultural Change, the Methodology of Multicultural Evolution*, Chicago, University of Illinois Press.
- White, Leslie
1982. *La ciencia de la cultura*, Barcelona, Paidós.